28

CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMATICA.

DE

D. PABLO AVECILLA.

LA BANDA DE CAPITAN.

Bermejo

Se vende en la librería de *Cuesta*, calle de Carretas, num. 9.

IMP. DE C. GONZALEZ.—S. Vicente, 52.
1860.

CÁTALOGO *de las obras dramáticas de la propiedad del* CÍRCUI
LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

El monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los Hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El Triunfo del pueblo libre.
Napoleon en España.
Kuser ó los bandos de Holanda.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasion.
El Hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los Contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las Jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La Niña del mostrador.
La Mano de Dios.
Remismunda.
¡Redencion!
Rioja.
Mujer y madre.
El Curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.
El Donativo del diablo.
La Hija de las flores.
El Valor de la mujer.
La Fuerza de voluntad.
La Máscara del crimen.
La Estrella de las Montañas.
La Ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Andres Chenier.
Adriana.
La Ley de represalias.
El Ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo.*
El Trovador, *refundido.*
Cristobal Colon.
Un Hombre de estado.
El Primer Giron.
El Tesorero del Rey.
El Lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un Voto y una venganza.
Bernardo de Saldaña.
El Cardenal y el ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El Hijo del diablo.
Sara.
Garcia de Paredes.
Boabdil el chico.
El Fuego del cielo.
Un Juramento.
El Dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS
EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.
El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quien mas mira menos ve.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la córte.
¡Mejor es creer!
Los Organos de Móstoles.
La Escuela de los ministros.
El Fondo y la corteza.
El Tesoro del Diablo.
La Flor de la maravilla.
El Agua mansa.
Un Infierno ó la casa de hués
El Duro y el millon.
El Oro y el oropel.
El Médico de cámara.
Un Loco hace ciento
La Tierra de promision.
La cabra tira al monte.
Sullivan.
El Peluquero de Su Alteza.
La Consola y el espejo.
El Rábano por las hojas.
Tres al saco....
Un Inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los Presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La Escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una Aventura de Richelieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los Millonarios.
Los Cuentos de la reina de
El Hermano mayor.
Los Dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un Clavo saca otro clavo.
El Marido Duende.
El Remedio del fastidio.
El Lunar de la Marquesa.
La Pension de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan Garcia.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.
La Ceniza en la frente.
Un Matrimonio á la moda.
La Voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y Hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le dá hijos
La Nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortu
El Oficialito.
Ataque y Defensa.
Ginesillo el aturdido.

LA BANDA DE CAPITAN.

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL Y EN VERSO

DE

D. Ildefonso Antonio Bermejo.

Representada con aplauso en el Teatro de la Comedia la noche del 22 de Abril de 1851.

Segunda edicion.

N.° 142.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,

Calle de S. Vicente alta, núm. 52.

AL APRECIABLE Y DISTINGUIDO ARTISTA

SEÑOR DON GERÓNIMO MUÑOZ.

Nada más justo que dar este público tributo de aprecio, al primer amigo que conocí á los pocos meses de haber llegado á la corte; y si algo notable encierran estas pocas palabras, es la sinceridad con que te las espresa tu verdadero amigo

ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

607977

Cuando Sócrates se encolerizaba, era cuando hablaba menos y con mas dulzura. Conocíase claramente que se hallaba enfurecido; pero se veia al mismo tiempo que se hacía dueño de su pasion.

(PLUTARCO.)

Esta obra es propiedad del D. PABLO AVECILLA, quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscriciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 18 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844 y Ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada, que distingue á los legítimos.

PERSONAGES.	ACTORES.
EMPERADOR.	Don Joaquin Arjona.
URBIETA.	Don Enrique Arjona.
ANGELA.	Doña Juana Samaniego.
LEGO.	Don José Dardalla.
FONSECA.	Don Manuel Pastrana.

La escena pasa en una cabaña retirada en las inmediaciones del monasterio de Yuste en Extremadura.—Reinado de Felipe II.

ACTO ÚNICO.

Sala de pobre apariencia, perteneciente á una casa de pueblo.—Mesa, sillas, etc.—Sobre otra mesa se verá un casco, una coraza; y un arcabuz colgado de la pared.

ESCENA PRIMERA.

ANGELA, que aparece sentada con la labor al lado y leyendo un papel.

ANGELA. «Angela de mi vida: despues de un mes de ausencia, tengo el placer de anunciarte que el mismo dia que recibas la presente, estaré en el monasterio de Yuste, donde me llama el Emperador. Cerca estás del santuario donde habita el monje que se declara protector tuyo y mio, y en su consecuencia, pronto pasaré á verte para decirte lo que ocurra relativo á nuestra union. Mientras tanto me lisonjea la esperanza de hallarte como siempre, amable y cariñosa con tu apasionado—FONSECA.»

(Habla.)

Bien puedes lisonjearte
con tan amorosa idea;
pienso en tí, vivo contigo,
apaciguas mi tristeza,
y el triste llanto que vierto
con tu memoria se seca.
Dulcísimo dueño mio,
ven que mis brazos te esperan,

las agudísimas penas
que padezco noche y dia
durante tu cruda ausencia.
(Besa el papel, lo guarda y hace labor.)
Terminemos la labor
con la cual mi afan agencia
el sustento de mañana.
Qué desgraciada es mi estrella!

ESCENA II.

ANGELA.—LEGO.

LEGO. Alabado sea el Señor
y su santa Providencia.
ANGELA. (Se levanta.)
El lego sordo.
LEGO. (Acercándose.) Hermanita,
cómo está, se siente buena?
ANGELA. (Alzando la voz.)
No, hermano.
LEGO. Me alegro mucho.
ANGELA. Qué oportuna es la respuesta!
(Alzando la voz.)
Venís por el alba?
LEGO. Malo;
no me deja la jaqueca.
Es verdad, que en el convento
todos de ese mal se quejan.
Y padre?
ANGELA. (Alto.) Medianamente.
LEGO. Con su contínua dureza,
no es verdad?
ANGELA. (Alto.) Siempre lo mismo.
(Mostrando la labor.)
Venís por esto?
LEGO. Paciencia.
Con ella se gana el cielo.
Pero, qué es lo que me enseña?

ANGELA. Que si viene...
LEGO. (Mirando la labor.) Muy bonito...
aunque poco valedera
es mi opinion.
ANGELA. (Impaciente y alto.) Si no digo...
LEGO. No soy voto en la materia.
ANGELA. Es sordo como una tápia,
y en vano mi voz se esfuerza
en hacerme comprender.
Me aproximaré á la oreja.
(Se acerca al oido y dice en voz alta.)
Venís por la guarnicion?
LEGO. Sí, hermana, vengo por ella.
Su paternidad me envía
con premura á recojerla;
quiere estrenarla mañana...
ANGELA. (Alto.) Pues es preciso que vuelva.
LEGO. Con la tempestad de ayer
se ha refrescado la huerta,
y la verdura se esponja.
ANGELA. Miren por dónde resuella!
(Al oido.)
No es eso lo que le digo.
LEGO. Los higos? La flor empieza
á asomar que es un contento.
Sobre todo las almendras,
el jugoso albaricoque,
la buena guinda y la pera,
son los frutos que prometen
abundancia y excelencia.
ANGELA. Qué tormento, madre mia!
LEGO. Pero, por qué se impacienta?
Tal vez, no respondo acorde?
ANGELA. (Alto.)
Verdad.
LEGO. Si no le molesta,
alce un poco más la voz
de modo que yo la entienda.
ANGELA. Eso dice, y necesita

para hablarle una trompeta.
(Al oido.)
Dige, que la guarnicion,
es poco lo que le resta;
y repito que volvais
dentro de un rato. Se entera?

LEGO. Pues no he de enterarme? Bien.
Me paseará por la huerta
que es mi grato pasatiempo,
y volveré.

ANGELA. (Alto.) Como quiera.

LEGO. Dios la conserve una santa,
tan aplicada y tan buena.

ESCENA III.

ANGELA.—Luego URBIETA.

ANGELA. Al fin me ha dejado sola.
Miraré desde la puerta
por si diviso á mi amado...
(Quiere acercarse y retrocede.)
Pero preciso es que tema,
que no ha salido mi padre
de su estancia, y si sospecha
viéndome tan distraida...
No lo dige? Aqui se acerca.
(Se sienta y trabaja.)
Cogeremos la labor.
—Su semblante me amedrenta.
Siempre triste y taciturno.
El cielo me favorezca.

URBIET. (Sale.)
Angela.

ANGELA. Señor.

URBIET. La espada
y el birrete.

ANGELA. (Dándole ambas cosas.) Marchais fuera?

URBIET. Al monasterio de Yuste,

por si consigo una audiencia
con mi Emperador.

ANGELA. Me alegro.
Diz que recibe en su celda
á todas horas...

URBIET. (Con enojo.) Mentira!
Sabe Dios lo que me cuesta
solo hablarle dos palabras;
y por Cristo que me pesa
haberlo solicitado,
y haber en su mano régia
puesto una instancia, en que pido
que mis servicios se atiendan!
Su resolucion ignoro,
aun cuando ya la sospecha
mi desgracia.

ANGELA. Qué sabeis?

URBIET. (Con enfado.)
Mucho más de lo que piensas!
Yo nací muy desgraciado...
Maldita mi suerte sea!
Yo nací para sufrir,
en medio de la indigencia;
para verte trabajar...

ANGELA. Mas sabed, que no me pesa,
que yo trabajo con gusto,
y á mas porque me recrea.

URBIET. Lo dices por consolarme,
para que yo no padezca;
pero comprendo tu afan,
y tus vigilias eternas:
todo para sustentarme...
A mí, sin otra carrera,
y sin otro matrimonio
que esta espada, que suspensa
de la cintura, está ociosa,
aun cuando existe una guerra,
merced á los intrigantes,
y á mi malísima estrella.

(Repara en Angela con detencion.)
Pero tú estás ojerosa,
helada y amarillenta.
Has trabajado esta noche?
—Te encargo que no me mientas!
Qué respondes?

ANGELA. (Bajando los ojos.) Padre, sí.
Toda la he pasado en vela,
para rematar...

URBIET. (Con enfado.) No sigas.

ANGELA. Perdonad la inobediencia;
pero con esta labor,
por la cual me dieron priesa,
agenciaba de mañana
nuestra frugal subsistencia.
Os acostásteis; yo entonces
cuando tuve la certeza
de que estábais bien dormido,
me levanté con cautela,
y merced á esta velada
adelanté mi tarea.

URBIET. Me estás clavando un puñal;
mi carácter no tolera
la excesiva aplicacion
que en el trabajo demuestras.
(Va encolerizándose gradualmente.)
Ya te lo he dicho mil veces,
y quiero que me obedezcas:
con tu afanoso desvelo
mi mal humor acrecientas.
No reparas, vive Cristo,
que puedes caer enferma?
Que agotados los recursos,
será mayor mi tristeza?
Que seré capaz entonces
de lanzarme á una palestra,
donde criminal consiga
lo que honrado se me niega?

ANGELA. Qué hiciérais?

URBIET. (Indeciso.) No sé.
ANGELA. Dios mio!
URBIET. La suerte me lo aconseja;
que tantos años de afanes,
de padecimientos, guerras,
infortunios, desengaños,
de este modo no se premian.
Mi nombre conoce Europa;
soy aquel Juanes de Urbieta,
que en el sitio de Pavía
lanzó la bala funesta
que hirió el brioso alazan
del rey francés: mi destreza
asió á Francisco primero
en la terrible refriega,
y yo tambien le conduje
de mi jefe á la presencia.
Abdica el Emperador,
Felipe su trono hereda,
y olvidan al veterano
que bajo la cota férrea,
abrigaba un corazon
ansioso de fama y guerra.
ANGELA. Pero no desespereis,
que acaso benigna estrella
venga pronto á reparar
tantos años de indigencia.
—Triste cosa es que una jóven
se instituya en consejera
y se proponga domar
vuestro carácter. Pues sea:
acepto con mucho gusto,
aunque no tenga experiencia,
ni he sufrido como vos
desengaños y miserias,
el papel de preceptora
de esa intranquila conciencia.
URBIET. Vanos serán tus esfuerzos;
aborrezco la existencia,

y si no fuese por ti...
pardiez! si por tí no fuera,
la España hubiese sabido
quién era Juan de Urbieta.
Los contínuos sufrimientos
me han transformado... de veras,
y tengo ya el corazon
tan duro como una piedra.
La humanidad que padece
ni me conmueve ni altera,
y me parece una farsa
todo cuanto me rodea.

ANGELA. Os haceis más desgraciado
con visiones tan funestas.
Por qué contemplais al mundo
por su parte menos buena?
Decidme, no existen séres
benéficos en la tierra,
que se apiadan del que gime
sin ventura, y le consuelan?

URBIET. Son tan pocos... —Se hace tarde...

ANGELA. Dónde vais? Antes quisiera
que marcháseis más contento.

URBIET. Ya lo voy.

ANGELA. Dadme una prueba.

URBIET. Te abrazaré.
(La coge de la mano para abrazarla, y repara que tiene un dedo vendado.)
Mas qué miro?
Por qué te has puesto esta venda?

ANGELA. No es nada, no os asusteis...

URBIET. Qué!

ANGELA. Me clavé las tijeras,
porque me estaba durmiendo,
esta madrugada...

URBIET. (Furioso.) Cesa!
No prosigas, vive Dios!
Esto más? Quién lo tolera?
Trabajar de madrugada!

ANGELA. Si esta labor corre prisa;
si los monjes me dijeron...
URBIET. Silencio, que me impacientas!
Y he de verte trasnochar
para que sufras y mueras?
Para que yo quede aislado
y sin consuelo en la tierra?
Eso no, nunca; lo juro
por el Dios que nos sustenta.
Repara bien lo que hago.
Porque otra vez no suceda,
cojo esta labor...
(Coje el alba y la despedaza.)
ANGELA. (Llorando y queriéndole sujetar.)
Qué haceis?
El cielo me favorezca!
Me habeis perdido... Dios mio!
URBIET. Ahora que vengan por ella.
Que se presenten á mí;
yo les daré la respuesta.
(Se pasea con agitacion.)
ANGELA. Vírgen santa de mi vida!
Con qué pagaré esta prenda?
Qué recursos son los mios,
para yo satisfacerla?
Y con qué adquiero el sustento
de mañana? Suerte adversa!
(Urbieta deja de pascar y mira tétrico y cabizbajo á su hija.)
Y los monjes enojados,
ay! me cerrarán sus puertas;
no querrán darme labor,
y en pos vendrá la miseria,
y no habrá una mano amiga
que nos ampare y defienda;
vos sereis más desgraciado,
y yo moriré de pena.
Y vos me amais? No, señor,
cuando quereis que padezca.
Mi contínua palidez,

no es hija de mi tarea,
sino de vuestro carácter,
que emponzoña mi existencia.
(Váse llorando.)

ESECNA IV.

URBIETA.

(Despues de haber reflexionado un momento.)
Es verdad... tiene razon.
Soy un díscolo... una fiera...
y pardiez, no sé qué hiciera
para domar mi pasion.
Pronto á la cólera accedo,
me exalta, me desatina,
me impacienta, me domina...
quiero enmendarme, y no puedo.
Bien, pues voy á decidirme
á desterrar mi dureza.
Corazon, á la cabeza,
que es preciso corregirme!
(Alterándose gradualmente.)
A mi obediencia estarás,
corazon, te lo aseguro
por mi vida; yo te juro
que no me dominas más:
aunque padezcas y gimas
buscaré para tu fiera
arrogancia, la manera
de hacer por que te reprimas.
Un precepto estoy dictando,
pardiez, que has de sostenerme,
y procura obedecerme.
—Corazon, yo te lo mando!
Verás con cuánto sigilo
soportaré mis dolores,
mis amargos sinsabores...

siempre me verás tranquilo!
(Variando de tono.)
Mas por Jesus, que he notado
que prosigo y no me enmiendo,
porque cuanto estoy diciendo
lo digo encclerizado.

ESCENA V.

URBIETA.—LEGO.

LEGO. Alabado sea el Señor.
URBIET. Bien venido. Cielos santos!
Este viene por el alba.
LEGO. Cómo estais?
URBIET. Dado á los diablos!
LEGO. Me alegro mucho: eso es bueno.
Vivir y penas á un lado,
como dice fray Benitez.
URBIET. Calla! Se estará burlando?
Yo ahora vengo de la huerta,
y en verdad llego pasmado.
URBIET. Venis tal vez por el alba?
LEGO. (Sacando de las alforjas un manojo de rábanos.)
Contemplad bien estos rábanos.
URBIET. Para probar mi paciencia,
el cielo me lo ha enviado.
Sostendré lo prometido;
dominaré mi arrebato.
LEGO. (Brindando.)
Probad, probad, si no pican
aunque los veis encarnados.
URBIET. (Resignado.)
Venis tal vez por el alba?
LEGO. No quereis? Pues me los guardo.
—La avellana ya está en flor.
URBIET. (Paseando.)
Pues, señor, esto va malo.

(Al lego.)
Venis tal vez por el alba?

LEGO. Pues si viérais los garbanzos:
abundancia prodigiosa!
Parece cosa de encanto.
(Urbieta aparenta impacientarse.)
Mas; por qué os impacientais?
Sin duda dijísteis algo
que yo no pude entender.
Vos no sabeis... (Sigue murmurando.)

URBIET. (Al mismo tiempo.) Yo me marcho,
porque si aqui permanezco,
á impulsos de un arrebato
puedo hacer un desatino.
(Grita.)
Vive Dios! Qué estais rezando?
Qué decis, lego ó demonio?

LEGO. Habladme un poco más alto,
y os entenderé mejor,
pues hace unos cuantos años
que de resultas de un aire...

URBIET. Me ausento por no escucharos. (Vase.)

ESCENA VI.

LEGO.—Luego ANGELA.

LEGO. (Le sigue.)
Es que vengo por el alba,
que ya se habrá rematado...—
Se vá sin decirme... bueno,
Dios le ayude y le haga un santo.
Bien me dijeron... canastas!
qué geniecito tan áspero!

ANGELA. (Sale.)
Le he visto salir... Dios mio!
Qué debo hacer en tal caso?

LEGO. Por qué llorais, Angelita?
Dígame, qué le ha pasado?

ANGELA. (Al oido.)
Es muy largo de contar;
pero si estimais en algo
la súplica de una jóven,
avisad al padre Cárlos;
decidle que venga pronto,
que aqui impaciente le aguardo;
necesito de su auxilio,
de su proteccion y amparo.
Partid, que el tiempo es precioso.
Por Jesus, qué haceis parado?

LEGO. (Despues de haber mirado á Angela un rato en silencio.)
No os entendí una palabra;
habladme un poco más alto.

ANGELA. Habrá mayor desventura?
Qué es lo que me está pasando?
(Aparece el Emperador en la puerta del foro.)

ESCENA VII.

DICHOS.—EMPERADOR.

ANGELA. Pero, qué miro?

EMPER. (Acercándose.)
Qué os pasa?

ANGELA. El cielo me le ha enviado.

LEGO. (El Emperador aquí...
ó mejor dicho, fray Cárlos!)
(El Emperador dá á entender por señas al Lego que se vaya.)
Ya le obedezco, señor.
(Yéndose.)
(Siempre ceñudo en el mando.)

ESCENA VIII.

EMPERADOR.—ANGELA.

ANGELA. Qué amarga es mi situacion!
Nadie consolarme puede!

EMPER. Decidme lo que sucede,
y omitid la exclamacion.

ANGELA. De ocultároslo no trato:
apiadaos de esta mujer.
(Mostrando el alba rota.)
Ved lo que acaba de hacer
mi padre en un arrebato.
No es fundado mi dolor?
Por eso me veis llorar.
Cómo puedo yo pagar
prenda de tanto valor?

EMPER. Bien, por eso no se aflija,
pues con el padre Carranza
mi poder todo lo alcanza...
Consolaos; no lloreis, hija,
que el cielo viendo mi afan,
vuestra ventura decreta.

ANGELA. Cómo!

EMPER. Logré para Urbieta
la banda de capitan.
Es un militar bizarro,
y le quiero distinguir.
Parta á América á servir
en las huestes de Pizarro.
—Como estaba convenido,
callásteis mi diligencia?

ANGELA. No me cegó la impaciencia,
y en todo os he obedecido.
Aunque intenciones tenia
al mirar cómo se apura,
para acallar su amargura,
de decir que os conocia.

EMPER. Semejante inobediencia,
hubiera sido peor,
que es más temible el furor
reunido con la impaciencia.
Ademas, sabed que intento
cierta extratagema urdir,
por si puedo corregir

ese carácter violento.

ANGELA. Laudable es vuestra intencion,
por el bien que la dirige...
—El genio no se corrige
si falta la educacion.

EMPER. Negároslo es necedad,
y así no trato oponerme;
pero quiero convencerme
hoy, de esa triste verdad.

ANGELA. Con que mi padre es dichoso?

EMPER. Recibid mi parabien,
que vos lo sereis tambien
al lado de vuestro esposo.

ANGELA. Qué decis?

EMPERA. Os lo aseguro;
no lo teneis que dudar,
porque le acabo de hablar.

ANGELA. A quién?

EMPER. A vuestro futuro.

ANGELA. El gozo, padre, me alienta,
y experimento un placer...
pero, cómo vais á hacer?...

EMPER. Eso corre de mi cuenta.
Ante todo, os voy á dar...
(Sacando un bolso con disimulo.)

ANGELA. Alguna nueva?

EMPER. (Dudoso.) No... intento...
(Pero, no; ya me arrepiento;
la voy á ruborizar.)
No es tiempo.

ANGELA. Por qué no empieza?

EMPER. Ved si viene algun testigo.
(Mientras Angela se asoma á la puerta del foro, el Emperador pone el bolsillo encima de la mesa.)
De esta manera consigo
no herir su delicadeza.

ANGELA. (Llega al proscénio.)
Viene Fonseca!

EMPER. Me place;

y yo pretendo arreglar...

ANGELA. Con él me vais á dejar?

EMPER. Quién mejor os satisface?
No es más grata su presencia?

ANGELA. Iguales...

EMPER. Me estais mintiendo...
Lo contrario está diciendo...

ANGELA. Quién, padre?

EMPER. Vuestra impaciencia.
Es justa, soy tolerante,
y aplaudo vuestro sentir;
no puedo yo competir
á los ojos de un amante.

ESCENA IX.

DICHOS.—FONSECA.

FONSEC. Angela!

ANGELA. Mi bien! (Se abrazan.)

FONSEC. (Cortado al Emperador.) Señor,
dispensad mi atrevimiento,
si en vuestra presencia...

EMPER. Basta.
Dicen que el amor es ciego.

FONSEC. Es verdad.

EMPER. Pero al entrar
caminásteis muy certero.

FONSEC. Pero el imán, padre mio,
de esos ojos hizo efecto.

EMPER. (Con sorna.)
Qué diablillo es el imán!
(Mirando á Fonseca.)
y... qué sutil el acero!
—Con Dios os quedad.

ANGELA. (Acercándose.) Señor.

FONSEC. Mi emperador...

EMPER. Pronto vuelvo.

ESCENA X.

ANGELA.—FONSECA.

FONSEC. Al fin te miro, mi bien:
cuánto lo ansiaba mi pecho!
y el tuyo?

ANGELA. Me lo preguntas?
Hay en la tierra un consuelo
comparable á tu llegada
á este mísero aposento?
Has visto en la tempestad
cómo se encapota el cielo,
y aquella mortal tristura
que infunde el horrible trueno?
No has visto despues la nube
que rasga su oscuro velo,
y aparece el sol radiante,
puro, luciente y espléndido,
y la natura sonrie
con jubilosos extremos?
Pues igual mi corazon,
disipando sus tormentos,
se reanima y me devuelve
con tu vista mi contento.

FONSEC. Hablas con el corazon?
Sí, no cabe fingimiento
en una jóven tan pura
como el azul de ese cielo.
Yo tambien sufro en la ausencia,
yo tambien gimo, y padezco
cuando los hados me apartan
de aquella imágen, que veo
en todas partes. Me sigue,
ocupa mi pensamiento
constantemente: me guia,
mitiga mis sufrimientos,
alimenta mi esperanza

y acrecienta mis deseos.
Pero muy pronto, muy pronto,
van á quedar satisfechos.

ANGELA. Cuenta.

FONSEC. Pero...

ANGELA. Qué sucede?

FONSEC. Nada revelarte puedo;
apacigua tu impaciencia
y respeta mi silencio;
sin embargo, nada malo
arguyas de este misterio.
Tu porvenir es dichoso,
es cuanto decirte debo.
Ahora, déjame partir.

ANGELA. Dónde vas!

FONSEC. Al monasterio;
el Emperador me aguarda
y es preciso obedecerlo,
que al fin es el protector
á quien todo lo debemos.

ANGELA. Yo no acierto á comprender
lo que me está sucediendo...
Pero parte, no me opongo,
y quiera benigno el cielo,
que una sorpresa agradable
revele lo que no entiendo.

FONSEC. Adios, mi bien.

(Le besa la mano y aparece Urbieta en la puerta del foro.)

ANGELA. (Huyendo.) Soy perdida!

FONSEC. (Mira al foro.)
Quién es la causa?

URBIET. (Desde la puerta.) Qué veo?

ESCENA XI.

URBIETA.—FONSECA.

(Baja Urbieta muy despacio al proscénio, mirando á Fonseca fijamente.)

URBIET. Lo que aqui pasaba infiero,

y por lo tanto yo exijo
saber á quién me dirijo.
Responded.

FONSEC. (Con calma.) A un caballero.

URBIET. Ahora vais á confesar
la causa que aqui os tragera.

FONSEC. Lo exigís de tal manera
que me obligais á callar.

URBIET. Eso respondeis? Oh! mengua!

FONSEC. Sí señor, no os diré nada.

URBIET. Yo entonces con esta espada
haré que movais la lengua

FONSEC. No espereis que el pecho os abra.

URBIET. Pues me teneis que decir...

FONSEC. Antes me vereis morir
que soltar una palabra.

URBIET. (Sacando la espada.)
Pronto en guardia, vive Dios!

FONSEC. Os suplico que envaineis.

URBIET. Cómo! Reñir no quereis?

FONSEC. No puedo reñir con vos.

URBIET. Y quién lo dispone?

FONSEC. El cielo;
luchar con vos fuera horrible,
y haré todo lo posible
por evitar este duelo.

URBIET. Pensais que he de consentir?
Mirad lo que haceis.

FONSEC. Insisto.

URBIET. Cobarde!

FONSEC. (Empuñando la espada.) No!... Vive Cristo...
Pero no quiero reñir.

URBIET. Si no dais otras razones,
juzgaré por lo que pasa
que habeis venido á mi casa
con pérfidas intenciones.

FONSEC. Qué pensais?

URBIET. Soy de opinion,
al veros tan atrevido,

que solo os ha conducido
el plan de la seduccion;
porque la verdad, me extraña,
que busquen tales señores,
puros y honestos amores
en una triste cabaña.

FONSEC. Y de dónde presumís
mi orígen? Quién os lo esplica?

URBIET. Vuestro porte me lo indica
y esa banda que ceñís.
En todo veis que me fundo;
amores la habreis fingido,
y os habrá correspondido
porque no conoce el mundo.

FONSEC. Vuestra errónea presuncion,
pronto vendré á demostrar. (Vase.)

URBIET. Como aquí volvais á entrar,
os arranco el corazon. (Envaina.)

ESCENA XII.

URBIETA.

URBIET. Y me ocultó estos amores,
ella, que ha sido tan franca
en revelármelo todo...
Comprendió que me faltaba,
que jamás consentiria...
(Repara en el bolsillo que está sobre la mesa, y lo coje con prontitud.)
Pero, qué miro?
(Se reprime.) Cachaza,
Urbieta... no te acalores...
Mas... el aliento me falta,
y sospecho... Aquí hay dinero;
dinero, y en abundancia.
(Colérico.)
Tal vez el infame quiso
comprar la honradez!... cachaza.

Urbieta, ten más aplomo....
(Registrando el bolsillo con emocion.)
Registremos... Oro... plata!
No puedo más; es preciso
que la infiel me satisfaga.
Por qué, por qué le ha tomado?
Pronto lo sabremos... Angela!
Aquí se acerca... Dios mio!...
viene temblorosa y pálida.

ESCENA XIII.

URBIETA.—ANGELA.

URBIET. Acercáos.
ANGELA. (Con timidez.) Qué quereis, padre?
URBIET. (La preguntaré con calma.)
(Colérico.)
Quién te ha dado este dinero?
No me mientas!
ANGELA. Vírgen santa!
URBIET. Quiero saberlo; lo entiendes?
Yo no tolero la infamia...
Mas tu grande turbacion
me revela lo que pasa;
que aceptas un agasajo
que te deshonra? Sí, Angela.
Busquemos á ese sugeto,
devolvamos sin tardanza
este bolsillo!
ANGELA. Señor,
dejadme hablar.
URBIET. (Con naturalidad.) Bien, habla,
como yo; sin alterarte.
ANGELA. Me confunde y sobresalta
cuanto me decís: no acierto...
Ignoro lo que me pasa.
Este bolsillo... yo, padre,
no adivino...

URBIET. Tú me engañas!
Ese jóven que ha salido,
sin duda...

ANGELA. Sospecha vana;
ni un ademan advertí,
ni la más leve palabra
que condujera á ofrecerme
semejante cosa.

URBIET. (Colérico.) Calla!
Aborrezco la mentira,
y sin embargo, te sacias
con ella en asesinarme.
Eres cómplice, hija ingrata;
te atreves en tu delirio
á deshonrar estas canas?
No es bastante la pobreza
que reina en nuestra morada,
que tambien quieres, infiel,
penetre en ella la infamia?
Mas yo cerraré las puertas
á esa inclinacion bastarda,
que llega con paso hipócrita
á aumentar nuestra desgracia.
La miseria se tolera
pero la deshonra mata...
y su fin es bochornoso...

ANGELA. (Llorando.)
Por la Vírgen soberana!
(De rodillas.)
Os suplico de rodillas
deis crédito á mis palabras!
(Aparecen en el foro el Emperador y el Lego.)

URBIET. Quién dió este dinero?

EMPER. (Entrando y echándose la capucha.) Yo!

ESCENA XIV.

DICHOS.—EMPERADOR.—LEGO.

ANGELA. (Echándose en los brazos del Emperador.)
Padre mio!
EMPER. Pobre Angela!
(Sin que Urbieta lo repare
partid con mi lego.)
(Angela se retira y el Emperador y Urbieta se miran de hito en hito.)
URBIET. (Calla
y me observa silencioso.
Cuánto aterra su mirada!)
(El Emperador se aproxima á Urbieta, y Angela parte con el Lego.)
LEGO. (A Angela:)
Que os conduzca al monasterio
el Emperador me encarga.
ANGELA. Partamos sin dilacion:
lléveme el cielo en su gracia.

ESCENA XV.

EMPERADOR.—URBIETA.

EMPER. Algo sin duda os espanta.
De cierto modo observais...
(Echándose abajo la capucha.)
Decid lo que en mí notais.
URBIET. (Se arrodilla de pronto.)
Es mi Emperador!
EMPER. (Dándole la mano.) Levanta.
URBIET. Es imposible: jamás.
EMPER. Sí, que os apoya mi mano.
No soy vuestro soberano,
soy un monje... y nada más.
(Urbieta se levanta cortado, y el Emperador se lo lleva al proscenio y le dice con magestad:)
Puesto que me conoceis,

y os encuentro más tranquilo.
escuchadme con sigilo.

URBIET. Obedezco.

EMPERA. Bien haceis.
—Urbieta, da compasion
al mirar vuestra dureza,
no domine la cabeza
ese altivo corazon.
El hombre que es altanero,
desconfiado, imprudente,
reniega de su presente
y teme lo venidero.
Al destino desleal,
injusto no se le alcanza
que existe aquí una balanza
para el bien y para el mal.
Insensato se enfurece;
solo en su suerte repara,
y jamás vuelve la cara
para ver al que padece.
—Sois bizarro militar,
mas colérico, impaciente...
Es para mí mas valiente
quien se sabe dominar.
Sufrís...? La suerte lo quiso;
soportadla resignado.
Os habeis imaginado
que es la tierra un paraiso?
No alimenteis tal error,
y empezad á conocer,
que á la sombra del placer
se oculta siempre el dolor.
El árbol de la paciencia
que cobija al infeliz,
tiene amarga la raiz;
pero endulza la existencia
con su fruto sazonado,
y este manjar, segun siento,
debe ser el alimento

del que nace desgraciado...
Oh! llorais : no es ilusion!
Os remuerde la conciencia?
—Ved aquí la consecuencia
de una mala educacion.
Pero cambiais de repente,
y esa lágrima vertida
os dá la herencia ofrecida
á todo el que se arrepiente.
Oid; no os cueste rubor,
que el hombre no desmerece,
al contrario, se enaltece
cuando conoce su error.
Y suele hacerlo el más sábio.
—Urbieta... Estais convencido?
(Con ansiedad.)
Responded.

URBIET. (Con resolucion.) Y arrepentido.

EMPER. Bendiga el cielo tu lábio.
(Le estrecha la mano con entusiasmo.)
Ahora en premio de tu afan,
y con arreglo á la ley,
te ha concedido tu Rey
la banda de capitan.
(Sacando una banda y un pliego.)

URBIET. Qué decís?

EMPER. No es ilusion.

URBIET. Oh! ventura inesperada!

EMPER. Sí, ya la teneis ganada...
mas con una condicion.
Condicion que observareis
siempre animoso y constante.

URBIET. Cuál es, pues?

EMPER. Que en adelante
vuestro genio modereis.

URBIET. Cómo no!

EMPER. Dudoso escucho.

URBIET. Así la duda os inquieta?

EMPER. Reparad, amigo Urbieta,

que habeis prometido mucho.
Que hay cosas, en mi opinion
muy fáciles de ofrecer,
y luego suelen tener
dificil la ejecucion.

URBIET. Señor, si me enfurecia
tan insensata querella,
la originaba la estrella
cruel que me perseguia.
Jamás de mí se apartaba;
pero ya el alma reposa
y cesa la vida ociosa
que tanto me importaba.
Ya de mi existencia oscura
cayó la funesta venda,
para enseñarme una senda
llena de paz y ventura.

EMPER. No nos equivocaremos?

URBIET. Nunca, señor!

EMPER. (Cogiéndole la mano.) Camarada...

URBIET. Proseguid.

EMPER. No digo nada.

URBIET. Lo sostendré.

EMPER. Lo veremos.

(Cuelga la banda en el espaldar de la silla que está al lado de Urbieta y suelta el pliego.)

(Con indiferencia.)
Con que solo á la constancia
de vuestro esfuerzo y bravura,
se debió,—tal se asegura—
la prision del rey de Francia?

URBIET. No cabe duda, señor;
y el hecho está bien probado.
Solamente á este soldado
le corresponde ese honor.

EMPER. Fué memorable el suceso;
mas hay—cosa singulár—
quien os quiere arrebatar
la gloria de haberle preso.

URBIET. (Furioso.)
Y habrá quien tal autorice?
Dónde está? Voy á buscarle.
EMPER. Para qué?
URBIET. (Colérico.) Para arrancarle
la lengua con que lo dice.
Quién me arrebata ese honor?
quiero dar muerte al infiel.
EMPER. Esperad.
URBIET. No doy cuartel
jamás al calumniador;
pues con viles artimañas
el hecho á su antojo explica,
mis acciones perjudica
y oscurece mis hazañas.
Es villana su intencion,
que venga el mal caballero,
vereis si con este acero
le atravieso el corazon.
(El Emperador se rie.)
Por qué os mofais, voto á san?
EMPER. Aun no lo habeis comprendido?
URBIET. Yo, no.
EMPER. Porque habeis perdido
la banda de capitan.
(La coje el Emperador, y la pone en el espaldar de la otra silla que está á su lado. Sonrisa del Emperador y confusion de Urbieta.)
URBIET. No enfadarme prometí.
EMPER. Cosa que no me cumplísteis.
Mirad qué pronto caisteis
en el lazo que os tendí.
URBIET. He conocido mi error:
fué ingeniosa extratagema:
mas decid, quién tiene flema
si le tocan al honor?
EMPER. Pero, me vais á decir...
URBIET. El qué, señor?
EMPER. Más cachaza.
El furor y la amenaza,

son medios de persuadir?
Cuánto más el hombre alcanza,
aunque no tenga talento,
si reune á su argumento
la razon y la templanza?
Este monje que mirais,
mucho en la tierra ha sufrido...
Si le veis enfurecido,
pedidle cuanto querais.

URBIET. Tal vez si un astuto brazo
el fuego apagado átiza,
de entre la misma ceniza
logre arrancar un chispazo.

EMPER. Para que el premio conceda
es necesario ganarle.

URBIET. Señor, para conquistarle,
haré todo lo que pueda.

EMPER. Esto es, pues, lo que sentencio;
reprimid las tentaciones,
Urbieta, que en ocasiones
se lucha con el silencio.
Yo el orbe agitado ví,
y en silencio me animé,
y en silencio le humillé.
Que el mundo en su frenesí
me lanzó atrevido reto;
mas yo en silencio profundo
puse la mano en el mundo...
y el mundo se estuvo quieto.

URBIET. Del silencio partidario
diz que sois siempre calmoso,
y añaden, que sigiloso
aplanásteis al contrario.

EMPER. Tal concepto he merecido?
Ese mundo, que he dejado
afanoso me ha estudiado;
pero no me ha comprendido.

URBIET. Pues suponen conoceros,
y hay quien osa sustentar

mandásteis... envenenar...

EMPER. A quién? A quién!

URBIET. A Cisneros.

EMPER. (Furioso.)
Y hay quien villano lo crea?
Que venga y le escucharé,
vive Dios, y le ahorcaré
con esta misma correa!
(Risa de Urbieta.)
Te ries, con tal desman,
y yo te lo he tolerado?

URBIET. Perdonad, mas he ganado
la banda de capitan.
(La coge de la silla donde está y la pone en la que tiene á su lado. Confusion del Emperador y aspecto satisfactorio de Urbieta.)

URBIET. Conozco vuestro embarazo.
Recomendad mansedumbre...
Señor... aticé la lumbre.
Veis cómo salió el chispazo?

EMPER. Este arrebato perdona.
Despues de tantos vaivenes
aun se resienten mis sienes
del peso de la corona.
(Aparecen en la puerta del foro Angela y Fonseca. Urbieta los vé y echa mano á la espada.)

ESCENA XV.

DICHOS.—ANGELA.—FONSECA.

URBIET. Cielos!... Los dos morirán!
Me han vendido!

EMPER. (Se interpone.) Atrás!

URBIET. Qué haceis?

ERPER. No prosigais, que perdeis
la banda de capitan.

URBIET. Pero vengaré mi honor
con sangre de los malvados!

EMPER. Mas sabed, que están casados,

y que soy su protector.

URBIET. Será posible?

EMPER. Sí tal.

URBIET. (Suelta la espada y se postra.)
Señor...

EMPER. Tranquilo vivid.

URBIET. Pues llegad, y recibid
mi bendicion paternal.

(Angela y Fonseca se echan á los pies de Urbieta.)

ANGELA. Ya nuestra dicha es segura,
pues que así la confirmais.

FONSEC. (Se levanta.)
Gracias porque al fin colmais
mi deseada ventura.

(El Emperador coge á Urbieta de la mano.)

EMPER. Te escuchó la Providencia:
ya tu estrella ha variado,
que este fraile ha remediado
tantos años de indigencia.
Así te convencerás
de que aquel que desconfía,
redoblando su agonía,
nada espera y sufre más.
Modifica tu razon,
luz que alumbrando refleja
en el alma que se queja
con santa resignacion;
y nadie dude un momento
que en este mundo al entrar,
es necesario cursar
la escuela del sufrimiento.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Madrid 3 de Marzo, de 1851.—Aprobada y devuélvase.—FRANCISCO DE HORMAECHE.

Achaques de siglo actual.
Un Hidalgo aragones.
Un Verdadero hombre de bien.
La Esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La Estudiantina.
La Escala de la Fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El Buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los Primos.
La Caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y Desengaños.
La Amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un Ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los Pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del alma.
Pipo, ó el Princ. de Montecresta.
Las diez de la noche.
El Congreso de Jitanos.
El Preceptor y su mujer.
La Ley Sálica.
Un Casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un Divorcio!
La Hija del misterio.
Las Cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá.....
Juan el Tornero.
La doctora en travesuras.
Un milagro del misterio.
La Mula de mi doctor.
A los pies de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un Sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los Preciosos ridículos.
Lo que al negro del sermon.
La Union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡¡Ingleses!!
Un Fusil del Dos de mayo.
Cuerdos y locos.
Pst., Pst.
Entre Scila y Caribdis.
Al que no quiere caldo.
La Piel del Diablo.
Si buenas ínsulas me dan...
El Perro rabioso.
De qué?
La Herencia de mi tia.
La Capa de Josef.
Alí Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los Apuros de un Guindilla.
El Sacristan del Escorial.
El Sol de la libertad, *loa.*
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos Casamientos ocultos.
Cinco pies y tres pulgadas.
A la Córte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De Potencia á potencia.
Las Avispas.
El Aguador y el Misántropo.
Acertar por carambola.
El Rey por fuerza.
Las Obras de Quevedo.
Un Protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregil.
El Chal verde.
El don del cielo.
La Esperanza de la Pátria, *loa.*
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una Apuesta.
¿Cuál de los tres es el tio?
La Eleccion de un diputado
La Banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al Diablo.
Una Ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El Tio Zaratan.
Los Tres ramilletes.
El Corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Cenar á tambor batiente.
Las Jorobas.
Los Dos amigos y el dote.
Los Dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percances de un apellido.
Clases pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios por amor.
Mi Media naranja.
Un Ente singular!
Juan el Perdío.
De casta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro Perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un bofeton.... y soy dichosa
El Premio de la virtud.
Sombra, fantasma y muger.
Cuerpo y sombra.
Un Angel tutelar.
El Turron de Noche-buena.
La Casa deshabitada.
Un Contrabando.
El Retratista.
Un Año en quince minutos.
¡Un Cabello!
Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS Á TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una Aventura en Marruecos.
Haydé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La Estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las Señas del Archiduque.
Colegialas y soldados.
Tramoya.
Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones!!
El Campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Simon.
Misterios de bastidores.
El Marido de la muger de D. Blas.
Salvador y Salvadora.
¡Diez mil duros!
Los Dos Venturas.
De este mundo al otro.
El Sacristan de San Lorenzo
El Alma en pena.
La Flor del valle.
La Hechicera.
El Novio pasado por agua.
La Venganza de Alifonso.
El Suicidio de Rosa.
La Pradera del canal.
La Noche-buena.
Una Tarde de toros.
Partitura del Duende, para piano y canto.

ADVERTENCIAS.

Tomando toda la coleccion de la España dramática, se hace la rebaj de 50 por 100.

Pidiendo ejemplares á la Direccion, que lleguen á 200 rs., se hac la rebaja de 20 por 100.

El Circulo Literario Comercial se halla establecido en la calle de Lope Vega, núm. 26.